

pedir que crezca la barba. Su existencia es tan ruda que no saben cocer ni sazonar sus manjares, alimentándose de hierbas silvestres y de carnes medio crudas que calientan colocándolas debajo de sus nalgas cuando van á caballo. No tienen casas ni cabañas y vagan errantes por montañas y bosques, estando acostumbrados desde su nacimiento á soportar el frío, la sed y el hambre. Clavados, por decirlo así, en sus caballos, que son robustos, pero feos, sobre ellos viven, comen, beben y hasta duermen; á caballo también se reúnen en asambleas y deliberan. La autoridad real carece de fuerza entre ellos, y dirigidos por sus caudillos se lanzan furiosamente destruyendo cuanto encuentran al paso. Sus viviendas son sus carros, en los cuales sus mujeres viven, tejen, engendran y alimentan á sus hijos. Semejantes á animales sin razón, ignoran toda distinción entre el bien y el mal y son trapaceros; ningún temor religioso, ninguna superstición les refrena, y su humor es tan variable y tan violento que un mismo día rompen y reanudan sus amistades y sus alianzas (1).»

Estas hordas habían penetrado en Europa entre los siglos II y IV, y se habían diseminado por las estepas situadas al Norte del mar Negro, en donde vivían errantes otros pueblos nómadas. El más poderoso de estos últimos era el de los alanos, que no pudiendo resistir se unió á los invasores, cuya existencia se parecía á la suya. El huracán, cada vez más violento, desencadenó sobre los godos en la época en que éstos acababan de dividirse en dos grupos principales, los ostrogodos y los visigodos. El rey de los ostrogodos, Hermanarico, intentó combatir, pero luego, descorazonado, se dió la muerte. Los visigodos se refugiaron en las montañas y muy pronto se les vió acudir en masa á orillas del Danubio y pedir al emperador Valente un asilo en territorio romano. Sabido es lo que allí hicieron después de la batalla de Andrinópolis: establecidos en el Imperio, obraron en él como amos, y acudidos por Alarico se apoderaron de Roma. Muy pronto les encontraremos en la Galia.

Los hunos estaban divididos en hordas independientes unas de otras, que más adelante se juntarán bajo el poder de Atila, y Roma, queriendo aprovecharse de esta falta de unidad, alistó en su ejército hunos del mismo modo que alistaba germanos. Pero la Germania oriental estaba profundamente perturbada; el choque violento que había lanzado á los godos á las montañas ó sobre el Imperio, repercutía á lo lejos; los pueblos, inquietos, arrojados unos sobre otros, se dirigían hacia el Oeste y hacia el Sur, y se formaban inmensas coaliciones que reclutaban partidas de aventureros de todas las procedencias. Mientras los visigodos, con Alarico, pretendían dictar sus condiciones al Imperio, desbordaba de repente sobre Italia una multitud de tribus que habían vuelto al estado errante y que iban mandadas por Radagasio. Estilicón las derrotó y una vez más salvóse Italia (405); pero por el lado del Oeste reaparecieron los vándalos en el Rhin arrastrando consigo á alanos y suevos y acaso también á otras hordas que se habían librado de la destrucción del ejército

(1) Ammiano Marcelino, XXXI, 2, de donde he extractado el relato.

de Radagasio. Los germanos, establecidos en las márgenes de aquel río, aliados de Roma y afectos al cultivo de la tierra, sentíanse amenazados por aquellas hordas devastadoras, y francos, alamanes y burgundios resolvieron oponerles resistencia. Los francos, derrotados al principio, destrozaron luego completamente á los vándalos con su rey Godegisilo; ello no obstante, no pudieron contener aquel torrente, y cuando en los últimos días del año 406 los invasores pasaron el Rhin, probablemente entre Worms y Bona, ya no hallaron resistencia alguna y aún se les unieron muchos francos, alamanes y burgundios.

«Pueblos innumerables y feroces, escribe San Jerónimo en una carta célebre, han ocupado toda la Galia. Todo el territorio comprendido entre los Alpes y los Pirineos, entre el Océano y el Rhin, ha sido devastado por el cuade, el vándalo, el sármata, el alano, los gépidos, los hérulos, los sajones, los burgundios, los alamanes y los panonios. Maguncia... ha sido tomada y destruída y millares de hombres han sido asesinados en la iglesia; Worms ha sucumbido después de un largo sitio, y la poderosa ciudad de Reims, las comarcas de Amiéns, de Arrás, la Morinia, tan apartada, Tournai, Espira y Estrasburgo han pasado á ser germánicas. La Aquitania, la Novempopulania, la Lugdunense, la Narbonense, exceptuando unas pocas ciudades, han sido devastadas (2).»

Aun en el caso de ser exagerado este relato, como algunos afirman, es cierto de todos modos que la Galia padeció éntonces horriblemente. Los historiadores de aquella época no siguieron la marcha de aquellas hordas que, según parece, avanzaban al azar, matando y saqueando y cuyas devastaciones duraron unos tres años.

Después de la muerte de Teodosio (395), sus dos hijos, Honorio y Arcadio, según la frase de un escritor de aquel tiempo, «gobernaban el Imperio en común, aunque residían en capitales distintas,» el uno en Roma y en Constantinopla el otro. Honorio estaba sometido á la tutela de Estilicón, uno de los últimos generales que defendieron el Imperio con habilidad y valor, pero éste se preocupaba ante todo de salvar á Italia.

La Galia, abandonada á sí misma, acogió á un usurpador, Constantino, á quien acababan de proclamar las legiones de Bretaña. Establecido en la Galia del Sudoeste, Constantino, desde 407 á 411, trató de resistir á los ejércitos que Estilicón envió contra él y de atraerse á las poblaciones galo-romanas; y en efecto, conquistóse partidarios en la aristocracia y en el episcopado. Pero los bárbaros con quienes trataba se reían de la fe jurada y al fin acabaron con él en 411 los generales de Honorio. En el Norte, en Maguncia, los francos, los burgundios y los alamanes proclamaban á su vez, en aquel mismo año, emperador á un noble galo, Jovino. Los vándalos, los suevos y una parte de los alanos penetraron en España, á la que trataron del mismo modo

(2) Migne, *Patrología latina*, tomo XXII, págs. 1057 y siguientes. San Jerónimo acusa á Estilicón de haber entregado la Galia á los bárbaros, y otro tanto hacen otros escritores cristianos. Es esta una afirmación que aquí no podemos discutir, pero que no puede aceptarse sin reservas.

que habían tratado á la Galia, mientras otros se fijaban acá y allá, y en lugar de entregarse á las depredaciones se establecían con carácter permanente. La Galia romana se desgarraba, por decirlo así, en pedazos y su situación ha sido exactamente definida por un historiador griego, Zosimo, en los siguientes términos: «Los bretones y la mayor parte de los pueblos de la Galia se separaban de la autoridad romana y procuraban bastarse á sí mismos, combatiendo por sus intereses, luchando contra los bárbaros y expulsando á los ciudadanos romanos para gobernarse á su antojo.»

II.—Llegada de los visigodos, de los burgundios y de los francos á Galia

En medio de esta confusa anarquía, el relato de cuyos incidentes no ofrece interés alguno, se destaca un hecho importante, cual es el de que tres pueblos se instalaron en la Galia, fundando en ella verdaderos Estados.

Los visigodos, desde hacia muchos años, causaban estragos en el mundo romano, habían devastado Grecia y tomado Roma; pero, aun combatiendo al Imperio, declaráronse dispuestos á entrar en su servicio. Muerto Alarico, los acaudilla el hermano de éste, Ataulfo, el cual en 412 se dirige á la Galia llevándose consigo á la hija del gran Teodosio, á la hermana de Honorio y Arcadio, Gala Placidia, prisionera de los godos, y la retórico Attalo, emperador de comedia á quien Alarico había sucesivamente proclamado y destronado para intimidar á Honorio. Ya no son hordas de bandidos las que invaden la Galia, sino un pueblo compuesto de guerreros, mujeres y niños, que va en busca de una residencia fija. ¿Firmó Ataulfo algún tratado con Honorio? ¿Prometió pacificar la Galia? Nada lo demuestra. Posteriormente negoció y se comprometió á devolver á Placidia, pero no lo hizo; lo que sí es cierto es que, después de haber atacado en vano Marsella, se apoderó de Tolosa, de Narbona y de Burdeos. Esta última ciudad, célebre por sus escuelas y por su comercio, era entonces la metrópoli de la Galia del Sudoeste (1), y aunque sus murallas le habrían permitido resistir, su población, enervada y elegante, no era capaz de tal esfuerzo, por lo que hubo de abrir sus puertas. Algún tiempo después, los godos la abandonaron.

«Ataulfo, dice un contemporáneo, Paulino de Pella, dió orden á los godos de salir de aquella ciudad en donde habían sido recibidos como amigos. Nos trataron conforme á las leyes de la guerra, es decir, como pueblo conquistado, y después de haber asolado cruelmente la ciudad la incendiaron... Yo me encontraba en ella, y tanto á mí como á mi madre nos despojaron de todos nuestros bienes; creyeron concedernos una gracia no conservándonos cautivos y permitiéndonos, sin castigo alguno, salir de Burdeos con todas las compañeras y sirvientas que habían compartido nuestra suerte.»

Reconoce, sin embargo, que algunos godos, dando muestras de ser más humanos, «tomaron con empeño el velar por la defensa de sus huéspedes.»

(1) Acerca de Burdeos en aquella época, véase Jullian, *Inscriptions romaines de Bordeaux*, tomo II, 1890, págs. 590 y siguientes, *Ausone et Bordeaux*, 1893.

En el mes de enero de aquel mismo año 414, Ataulfo habíase casado solemnemente en Narbona con Gala Placidia, habiéndose celebrado la ceremonia en casa de uno de los notables de la ciudad. Placidia, vestida con traje imperial, ocupaba el sitio de honor y á su lado sentóse Ataulfo; cincuenta hermosos adolescentes desfilaron por delante de ellos, llevando cada uno dos platos llenos de oro el uno y el otro de piedras preciosas: por una irrisión del destino, el rey bárbaro ofrecía á la hermana de Honorio el botín de la toma de Roma. Recitáronse varios epitalamios, uno de ellos por Attalo, el ex emperador que volvía á desempeñar humildemente su papel de retórico, y luego se celebraron varias diversiones en las que se mezclaron bárbaros y romanos.

Aquella fiesta era conforme á la política de Ataulfo: convertido en yerno póstumo del gran Teodosio, pretendía constituirse en legítimo defensor del Imperio, aun á pesar de Honorio.

«Ante todo había querido, decía, borrar el nombre romano, hacer que todo lo que era romano fuese gótico, llegar á ser él mismo lo que en otro tiempo había sido César Augusto; pero la experiencia habíale enseñado que la desenfrenada barbarie de los godos no podía en modo alguno someterse á las leyes y que, por otra parte, no podían ser suprimidas las leyes sin las cuales no hay Estado. Había, por consiguiente, querido por lo menos restaurar el Imperio, aumentar el esplendor del nombre romano con ayuda de las fuerzas de los godos... Por esto se abstenía de hacer la guerra, aspiraba á la paz y se asociaba la viva inteligencia de Placidia (2).»

De modo que esos reyes germanos se inclinaban ante la grandeza de Roma y no podían concebir la desaparición de las instituciones romanas, por muy debilitadas que estuvieran. Mas no debemos juzgar por tales declaraciones la conducta de los invasores, pues los actos no correspondían á las palabras y la «barbarie desenfrenada de los godos» no se doblegaba siempre á la disciplina que querían imponerles sus caudillos, quienes, á pesar de su política, se dejaban también llevar á menudo de la violencia de sus pasiones bárbaras.

Honorio no había dado su consentimiento al matrimonio de Placidia, y el rey godo, furioso de que el emperador no quisiera tratar con él, dió de nuevo la púrpura imperial á Attalo, el usurpador de reserva. La

(2) Orosio (VII, 48) cita el testimonio de un narbonés que había oído á menudo á Ataulfo emplear este lenguaje.



Gala Placidia y su hijo Valentiniano III. (Relieve de un dipíctico de Monza, siglo V.)

situación de Ataulfo iba haciéndose, sin embargo, peligrosa; teniendo que luchar contra Constancio, el mejor de los generales de Honorio, fué á España á probar fortuna. A su paso por Aquitania, puso sitio á Bazas, surgiendo entonces un incidente que aclara la historia de aquel tiempo. A la anarquía que desolaba á la Galia mezclábanse luchas sociales, pues las clases inferiores, exasperadas por largos sufrimientos, pensaban aprovecharse de las desgracias públicas para vengarse de los «poderosos.» En Bazas, la plebe y los esclavos se sublevaron soñando con la matanza de los nobles, á pesar de lo cual la ciudad no fué tomada; pero el recuerdo de aquel acontecimiento siguió siendo popular y en el siglo vi se refería que una visión milagrosa había decidido la retirada de los bárbaros.

Ataulfo fué asesinado en Barcelona y en seguida estalló una reacción bárbara contra su política. Placidia, confundida con otros prisioneros, hubo de caminar por espacio de doce millas delante del carro de Sigerico, el nuevo rey, que también murió á manos de un asesino. El rey Walia pudo, por fin, entrar en tratos con Honorio restituyéndole á Placidia, que se casó con Constancio. Los godos, nuevamente reconocidos como federados, reaparecieron en 419 en la Galia y el Imperio les dió la segunda Aquitania y algunas ciudades vecinas, desde Tolosa hasta el Océano, asegurándoles de este modo la posesión de Burdeos, Agén, Angulema, Saintes, Poitiers, Perigueux, Auch, Bazas y Lectoure. Instalados en esas ricas comarcas, combatieron durante el reinado de Teodosio I (419-451) con los generales romanos, unas veces contra los vándalos y otras contra los usurpadores que intentaban apoderarse del poder imperial.

Al Nordeste, los burgundios, que se habían visto arrastrados en 406 por la invasión, en 413, según dice un cronista, «obtuvieron la parte de la Galia vecina al Rhin,» sin duda una parte de la Germania superior, que tenía á Worms por centro: la epopeya de los Niebelungos, eco tal vez de una tradición fiel, pondrá allí la residencia de su rey. Una fracción del pueblo burgundio permaneció todavía establecida en la orilla derecha del Rhin.

Los alamanes se diseminaban por la región que más tarde fué la Alsacia, por el valle del Doubs, por Suiza y, más hacia el Norte, por el valle del Mosela. Los francos del Este, á quienes más adelante se denominó ripuarios, habían tomado Tréveris en 413 y la conservaban en su poder, no tardando en llegar hasta el Mosa y el Sambre, al mismo tiempo que se extendían hacia el Sur. El estudio de las fronteras que aun en nuestros días separan la lengua francesa de la alemana ayuda á determinar en cuáles regiones se establecieron en masa los germanos; en el Nordeste, el límite no ha variado desde el siglo vi (1).

Los francos del Norte ocupaban la Bélgica, residiendo el rey Clodio en Dispargum, en los límites de la Toxandria. Preciso es renunciar á identificar Dispargum y aun de la Toxandria sólo puede decirse con certeza que estaba situada en la orilla izquierda del Rhin. La inmigración franca se desarrolló libremente al Nor-

(1) Pfister, *La limite de la langue française et de la langue allemande en Alsace-Lorraine*, 1888.

te de la vasta selva Charbonniere, que se extendía al Sur de Bélgica, desde el Escalda hasta las Ardenas, región salvaje, desierta, en la que apenas habían penetrado los romanos. De aquí la frecuencia con que en el Sur de Bélgica y en los departamentos del Norte y del Paso de Calais encontramos nombres de lugares terminados en *hem, ghem, ghien, ain, sala, seele, zele*, que indican la vivienda y que vemos unidos á otros sufijos germánicos (*hof ó hove*, granja; *burg, bourg*, altura fortificada; *forth, furt, woorde*, vado; *loo*, bosque; *dal*, valle). Al Sudeste, la expansión de los francos se detuvo ante la gran calzada romana de Bavay á Colonia, defendida por numerosos fuertes; y cuando en tiempo de Clodio avanzaron por esas regiones, conquistaron el país sin establecerse en él en grandes masas; por esto son raros en la región de Cambrai y en el Artois meridional los nombres de lugares de forma franca. El verdadero territorio franco tuvo por límites meridionales el Lys y la selva Charbonniere, y así se explica cómo se formó esta región flamenca, germánica de origen, de raza y de lengua, que penetra como una cuña en el Nordeste de Francia (2).

Sidonio Apolinario describió á los francos de su tiempo en los términos siguientes:

«Sus cabellos rojos caen del vértice de la cabeza hasta la frente, dejando en descubierto la nuca; sus ojos son verdosos y húmedos, su rostro afeitado y el peine en vez de barba sólo encuentra bigotes poco poblados. Trajes ajustados oprimen los miembros de estos guerreros de elevada estatura, dejando descubierta la pantorrilla, y un ancho cinturón ciñe su estrecho vientre. Para ellos es cosa de juego arrojar lejos sus hachas de mano, pues de antemano están seguros de que darán en el blanco, ó hacer girar sus escudos ó saltar de un brinco sobre el enemigo adelantándose á la jabalina que han lanzado. Desde la infancia su pasión es la guerra, y si son aplastados por la superioridad del número ó á consecuencia de una mala situación, la muerte los abate, pero no el temor.»

En diversos puntos de Bélgica, especialmente en las comarcas de Namour y de Charleroi, las excavaciones arqueológicas han puesto al descubierto las huellas de la ocupación franca, habiéndose extraído de los cementerios de Samson, de Spontin y de Furfooz, abundantes joyas y armas que permiten reconstituir la fisonomía del guerrero franco. La saya ó túnica se sujetaba por medio de botones ó de fibulas, y un cinturón de cuero, abrochado con una ancha hebilla de hierro damasquinado de plata ó de bronce grabado, la ceñía al cuerpo. De este cinturón colgaban la larga espada con puño de madera ó de hueso, ó la espada corta, el cuchillo, *scramasax*, metido en una vaina de madera cubierta de cuero, un puñal, un peine de hueso ó de madera, unas tijeras y una bolsa con monedas y otros objetos pequeños como punzones y llaves. Sujeta á él llevaban tam-

(2) Kurth, *La frontière linguistique en Belgique et dans le nord de la France*, 1895. Véase también Wauters, *Les origines de la population flamande en Belgique*, «Bulletin de l'Académie de Belgique», 1885. Van der Kindere, *Les origines de la population flamande*, de la misma colección y del mismo año, que opina en pro del origen sajón. Pirenne, *Histoire de Belgique*, tomo I, 1900. Desde el siglo XIII el francés ha recuperado terreno sobre el flamenco.

bién el hacha de un solo filo ó *francisca*, el arma por excelencia de los francos, que se servían de ella lo mismo de cerca que de lejos lanzándola contra el enemigo. El *angón* era una azagaya de hierro cuyo mango de madera iba provisto de una cuerda y cuya punta tenía algunos garfios que hacían peligrosísimas las heridas. La lanza, *framea*, presentaba al extremo del mango de madera un hierro plano sólidamente adaptado y adornado á veces con dibujos en hueco. Servíanse asimismo del arco: el arma, que era de madera, ha desaparecido, pero se han encontrado hierros de flechas. Como arma defensiva no tenían más que el escudo de madera ó de mimbre tejido y cubierto de piel, unas veces ovalado, otras redondo y de unos 50 á 70 centímetros de largo: en el interior tenía una empuñadura, y en el exterior, en el centro, una pieza de metal, el *umbo*, que algunas tiras de hierro unían á menudo con un ribete circular, también de hierro. Las tumbas no contienen cascos, lo cual indica que la cabeza debía ir descubierta. En los dedos de los esqueletos se encuentran sortijas de bronce adornadas con letras y dibujos en hueco ó con piedras, y en las tumbas de mujeres collares de perlas, de oro, de ámbar y de cristal, pendientes y brazaletes. De vez en cuando, en estos objetos funerarios, una mezcla de gusto bárbaro y de gusto romano recuerda que aquellos guerreros de las orillas del Rhin sintieron ya la influencia de la civilización romana (1). Por otra parte, no todos los francos emigraron á la orilla izquierda del Rhin, sino que todavía un gran número de ellos habitaban al otro lado del río.

Los sajones cometen libremente sus devastaciones en las costas.

«Para estos piratas, escribe Sidonio, es cosa de juego surcar el mar de Bretaña en cueros cosidos... Mientras se trate de saqueo, todos saben mandar y obedecer, enseñar y recibir lecciones... De todos los enemigos, el sajón es el más cruel: ataca de improviso y frustra las sorpresas, desprecia á los que resisten y aplasta á los imprudentes indefensos... Los sajones se burlan de la tempestad y antes de hacerse á la vela para su país suelen diezmar á sus prisioneros.»

El litoral de la Galia por ellos devastado y que se extiende desde la desembocadura del Rhin á la del Loira, toma el nombre significativo de *Litus Saxonium*. Tienen establecimientos en distintos puntos, en Bayeux, en las islas de la desembocadura del Loira y desde ellos avanzan más hacia el Sur. En la biografía de Viviano, obispo de Saintes, que vivió en aquel tiempo, se habla de una incursión de los sajones que se presentaron allí «con numerosos buques;» según una leyenda, Saintes fué salvada por las oraciones de Viviano y los bárbaros huyeron espantados por una visión.

III.—Acio y Atila

De modo que la Galia por todas partes se llenaba de bárbaros y aun los mismos á quienes Roma reconocía como federados estaban siempre dispuestos á extenderse

(1) *Mémoires, rapports en vue du Congrès de Charleroi en 1888 et Comptes rendus* del mismo congreso (Memorias de Van Bastelaer, Tahon, de Loe, Bequet). Los objetos procedentes de esas excavaciones están en gran parte en el Museo de Namur. Barrière-Flavy, *Les arts industriels des peuples barbares de la Gaule*, 1901.

fuera de los territorios que les habían sido señalados, dependiendo su obediencia y su fidelidad de la habilidad y de la energía de los generales romanos, encargados de hacerles respetar los tratados. Acio desempeñó este papel en Galia durante unos veinticinco años, mientras Placidia gobernaba el Imperio en nombre de su hijo Valentiniano III.

En el Sudoeste, el rey godo Teodorico era un aliado muy poco seguro, que casaba á una de sus hijas con Requiar, rey de los suevos, y á otra con Hunerico, rey de los vándalos, y trataba de extenderse por el valle del Ródano.

Acio lo combatió en diversas ocasiones. En el Nordeste, los burgundios que faltaban á los convenios hechos con Roma fueron castigados, y poco tiempo después un grupo de hunos que habían avanzado hasta el Rhin les infligieron una sangrienta derrota cuyo recuerdo ha conservado el poema de los Niebelungos (2). Entonces Acio, juzgando que los burgundios habían dejado de ser peligrosos, estableció, hacia el año 443, los restos de los mis-

mos en la Sabaudia (Savoia), que se extendía alrededor de Ginebra. En el Noroeste, en la misma época, la Armórica había expulsado á los funcionarios romanos: Acio la entregó al rey alano Eocarico y á sus hordas, y aquel desventurado país fué devastado durante diez años. Las construcciones romanas allí descubiertas presentan huellas de incendios, muchos de los cuales datan indudablemente de aquella época.

Al Norte, Acio rechazó á los francos que mandados por Clodio se habían apoderado de Tournai y de Cambrai y avanzaban hasta el Somma, y á quienes sorprendió en Helena (Hesdin le Vieux) á orillas del Canche.

«En una colina cercana al río, escribe Sidonio Apolinario, los bárbaros celebraban un himeneo con cantos y danzas á la manera de los escitas: una novia rubia se casaba con un novio rubio como ella. Todos fueron destrozados... En los carros veíanse brillar los preparativos de la fiesta, los platos, las viandas, los calderos repletos, coronados de guirnaldas que en ellos amontonaban los bárbaros. Con los carros cayó también la novia en poder del vencedor.»

Ignórase la fecha exacta de aquel combate (entre 431 y 451) y tampoco se sabe si tomó parte en él el rey Clodio. Los francos pidieron la paz, pero continuaron

(2) Respecto del origen histórico del poema de los Niebelungos, véase Lichtenberger, *Le poème et la légende des Niebelungen*, 1891.



Acio. (Relieve de un díptico de Monza, siglo v.)